

ANDRÉS RIVERA RECITA SU *KADDISH*

Saúl Sosnowski

University of Maryland, College Park, EE.UU.

Kadish, la novela de Andrés Rivera (1928-2016) publicada en 2011, revela a través de su conocido personaje, Arturo Reedson, numerosas referencias autobiográficas, alusiones a la vida judía en Europa y a su integración en la Argentina. Varias de ellas ya estaban presentes en su obra y pueden ser rastreadas en, entre otros textos, sus anteriores *Nada que perder*, de 1982, y *El verdugo en el umbral*, de 1994, una de sus más complejas construcciones.

Escrita unos años antes de su muerte, *Kadish* ofrece una visión de lo que atraviesa a otros autores judíos-latinoamericanos –hayan o no ejercido una militancia política con la intensidad con que la vivió Rivera–. Casi como en una fragmentada biografía apócrifa, aquí hallamos un corte dialéctico, por así decir, de los componentes de alguien que conoce y exige su legítima nacionalidad y lo hace desde el ser judío como impuesta marca de diferencia.

Balance, búsqueda de equilibrio, conjugación de identidades y develado de la historia han sido los temas-eje, la marca que Rivera se impuso a lo largo de múltiples novelas, si bien las figuras que dimensionaron las primeras décadas de la historia argentina ocuparon su mayor interés. Me refiero, entre otras, a *La revolución es un sueño eterno* (1992), que le valió el Premio Nacional de Literatura, a *La sierva* (1992), a *El Farmer* (1996) y a *El manco Paz* (2003). No es casual, por lo tanto, que en una charla televisada por Canal Encuentro de la Argentina haya confesado que lo que lo llevó a escribir fue tratar de desentrañar cuánto de nosotros hay en Rosas y por qué. Como veremos, en su última novela abundó en registros que exceden esa presencia y hasta ese legado.

Las primeras líneas de *Kadish* disipan cualquier duda acerca de la posición del narrador:

No soy Raskolnikov.

No soy Willy Loman.

Me llaman Abraham Roiter: un nombre de desiertos y lujuria. Y un apellido simbólico.¹

No dice “soy”, dice “me llaman” y es así que mientras parsimoniosamente bebe algunas copas de JB, el whisky recomendado por Graham Greene, Arturo Reedson matiza lo que, en última instancia, es una confesión y una impugnación de errores históricos. Fragmentos y postales son echados ante un receptor inicialmente innominado. “¿Le parece que divago, Fontán?” asigna un nombre sin que ni ello, ni alguna pregunta (quizá retórica) hacia el final del texto, logren corporizarlo. *Kadish* es una crónica del yo y, como tal, si cupiera sumarle otro término en hebreo, hubiera sido *Vidui*: la confesión de quien está por partir.

Las primeras líneas de la novela son una ráfaga que impide toda semejanza con representaciones literarias, tanto rusas como estadounidenses –si bien el personaje de Arthur Miller reaparecerá en la memoria–. Lo que no es y lo que dice ser lo afianza en la “verdad” originaria y en una posición política: es judío y es rojo. En esa primera página enuncia lo que lo constituye: padre judío ortodoxo, Buenos Aires de los 30 y 40 en “barrios que conocieron los pogroms de los machos y criollos de *La Legión Cívica*”, la avenida Corrientes y “una casa de putas en la calle Murillo” (p. 9). Las marcas del origen;

¹ *Kadish*, 2011, p. 9. Todas las citas corresponden a esta edición.

más que ello, las huellas de una múltiple iniciación subrayada por la violencia antisemita que también era antiobrera y antisindical.

Dije “ráfagas”; son también pinceladas fugaces, manchas que recorren siglos y pasan del “judío converso” Galileo a los días en que se equipara judío con “*bolche* o *zurdo*”, subversivo o bolchevique. Así llega a Cecilia Dolchinsky, experta en explosivos que, habiendo mamado la lucha contra todo “facho”, dinamitó a un almirante en 1978, y acabó conviviendo con Claudio Serrano, “un ex *servis*” (pp. 10-12). Sin tablero de dirección o cronograma, enuncia Santucho y es el ERP; dice “teniente primero Barahona” y es la conscripción de Arturo Reedson, “judío bolchevique y porteño” (p. 17) quien para ser menos diferente dice no estar circuncidado; dice 1943 y es el ascenso del coronel Perón a Secretario de Trabajo y Previsión, es su padre comunista en la cárcel de Devoto y es Stalingrado rodeada por los nazis. Llega a 1945 y, como la París de Hemingway, “Buenos Aires era una fiesta” mientras, en el otro lado del océano y en el de sus orígenes, los tanques soviéticos entraban en Polonia.

En la última dictadura militar, el Barahona de la conscripción está en la cancillería de Videla y en pareja con Sarita, estudiante judía de Filosofía y Letras. No escasean las judías en un texto pródigo en silencios. De su ‘*ídishe mame*’, la madre de los manjares que ansía una esposa judía para el hijo se pasa a dos judías en las antípodas: la militante Cecilia por un lado; la erotizada Sarita entregada al militar por otro. La primera actúa, la segunda será sospechada por la muerte de su marido y comprenderá que, para los militares, ser judío es ser subversivo. Y es ese comentario el que sirve de contrapeso a la cita encubridora de lo que causó la muerte de miles de judíos durante la dictadura.

A lo largo de la primera parte de *Kadish*, una serie de citas apuntalan un aparente rompecabezas. Proviene de Borges (ante el atentado que efectúa Cecilia), de Paul Auster, de la poeta rusa Mariena Tovietaieva que se suicidó en 1941 (“*En este mundo tan cristiano, todos los poetas son judíos*”), de Brecht, al narrar la reacción de las capas medias ante el triunfo de Perón en 1946 (“*No hay nada más parecido a un fascista que un pequeño burgués asustado*”), de Foucault (“*La verdad es un producto del poder*”) al impugnar al Lenin que firmó la paz de Brest-Litovsk. En el encuadre de los descendientes de los nazis que viven en la Bariloche visitada por Barahona, ofrece dos referencias: la primera, de Marx, “*El pensamiento de la clase dominante es el pensamiento de la sociedad*”, que tácitamente enrostra a la sociedad que asimiló el ‘por algo será’ de la dictadura; la segunda es el *Arbeit Macht Frei* que exaltaron los padres y abuelos de quienes habitan esa zona por gracia de Perón y otros secuaces del nazismo. Es mediante citas que también rubrica la alerta del cardenal Caggiano “contra la revolución social marxista” mientras la Sociedad Rural Argentina se opone a Illia, como lo volverá a hacer contra Alsogaray en 1989. Frente a ellos, un puro: Noworvodski, defensor del sindicato frente a la Legión Cívica, que al preso político Mauricio o Moisés Reedson le llevaba cigarrillos y comida *kosher*.

A medida que nos acercamos al final, *Kadish* se perfila como la respuesta a la pregunta medular que atraviesa a Arturo Reedson, de 82 años: “¿Y qué carajo hiciste a lo largo de este famélico peregrinaje?” (p. 57). En un departamento en el piso 12 de un edificio en el barrio de Belgrano –ya lejos del origen en Villa Crespo, del viaje a China, de su larga residencia cordobesa–, en una Buenos Aires que sigue siendo una fiesta, Arturo Reedson ara recuerdos, se fustiga a sí mismo y a otros por cosas hechas y deshechas. Exalta a los justos que combatieron, expresa el rencor por quienes miraron para otro lado el 24 de marzo de 1976, enuncia su relación con Piri Lugones (“nieta de un poeta e hija de un torturador”, p. 53) asesinada por un grupo de tareas, condena las desapariciones y alude a su propia militancia a las puertas de la represión. Abundan las citas que documentan lo hecho y lo no hecho por los refugiados republicanos, la hipocresía de una clase a través de una cita de Paul Krugman... Es como si en algún momento el “insomnio de anciano” le permitiera hacer un recuento de teoría y práctica, prédica y vida (Marx y Engels), recordar cómo la familia se salvó del pogrom de Petliura, pensar a Einstein, Trotski, Mailer, Borges, citar de un libro las declaraciones de la DAIA negando el antisemitismo de la dictadura militar. Son precisamente el antisemitismo, el fascismo y la hipocresía de falsos demócratas lo que puebla el insomnio de Arturo Reedson.

¿Y el fin de la letra, es decir, de la historia? A punto de terminar la novela, Cecilia Dolchinsky documenta cómo resguardaron el archivo judicial de Sitrac, de la militancia cordobesa. Dice: “Estábamos convencidos, con A.R., de que hacíamos Historia (con mayúscula), y queríamos que esa Historia sirviera a los que vinieran después” (p. 64). Es entonces que Arturo Reedson se pregunta qué hacer con esos papeles cuando su recuerdo se repliega a un taller de sastrería en Villa Crespo donde el pedaleo de las máquinas de coser Singer era parte de la lucha contra el universo del hitlerismo. Buenos Aires, la que alguna vez olió a madreselvas, ya no es la de entonces: del canto sindical por Perón se ha pasado a “vos sos boleta, lo juro por Dios. O: La verdá que todo es muy extraño.... O sea... Bueno, nada... La verdad que sí... Bueno, nada...” (p. 67).

En la introducción al análisis de *Traslatierra* (2007), dice Florinda Goldberg: “Las narraciones de Andrés Rivera giran en torno al fracaso de las grandes utopías: las sociales universales, las de la historia argentina. Sus novelas recientes, todas ellas breves, exhiben un ‘desasosiego implacable’ y dibujan una Argentina ya no sólo distópica sino siniestra, en la que pequeños y grandes criminales actúan impunemente, impulsados por los intereses y las pasiones más elementales y bárbaros”. Si, en efecto, fracasaron las grandes utopías por las que pelearon él y su padre y tantos otros –tanto las del socialismo y comunismo distorsionado por la Unión Soviética y por Cuba como el sindicalismo argentino entregado al peronismo– ¿qué le queda más allá de una modesta o resignada o falsamente inocente “Bueno, nada...”? La respuesta está en el origen, en la dulzura del nombre en idish, en la vindicación de ideales que en algún momento de la Segunda Guerra Mundial supieron ser puros. Por eso, esta novela termina remitiendo a una instancia de su niñez. Si bien, como él mismo se aconseja, quizá ya sea hora de dormir, Arturo Reedson escucha “a Zulema que le dice a Mauricio o Moisés Reedson que, después de dirigir un taller que cosía abrigos para los soldados soviéticos, para los chekistas, para los *partisanos*, duerme, agotado, y roncaba, *Moishe, Moischele, vas a despertar a Marquitos*” (p. 67). No es “Mauricio o Moisés”, es “Moishe”: el nombre de quien renegó de la práctica religiosa pero no de los ideales de justicia del judaísmo. Y el hijo es “Marquitos”, el Marcos Ribak que pasó a ser Andrés Rivera. Padre e hijo, entonces, entrelazados en la heredad y en el legado de ejercer el ser judío en la Argentina.

Decir *kadish* por el alma del padre muerto es rendirle homenaje a su memoria; es reconocer su impronta y, a la vez, remontar a sus propios orígenes a quien fuera comunista. Arturo Reedson, a sus casi 82 años, recuerda una línea atribuida a Lenin: “Los revolucionarios deben morir a los 50” (p. 57). ¿Será que al haber sobrepasado esa edad y haber enunciado el balance de una vida cuyo fin se acerca, ha comenzado a recitar el *Kadish* por sí mismo y no solo por su padre?

Agrego esta inevitable coda: tras una furiosa condena que amalgama a “los dueños de tierras y haciendas” con la decadencia, la represión y “Dios es argentino”, Arturo Reedson cita a Borges. Se trata de una estrofa de “El títere”, que comienza con “A un compadrito le canto...”. Dice:

*Un balazo lo tumbó
en Thames y Triunvirato
se mudó a un barrio vecino
el de la Quinta del Ñato* (p. 11).²

Desde la lectura de Rivera, ese compadrito abarca al malevaje argentino que ha sido dueño de la tierra, a quien ejerce el poder de las armas y que, emblemáticamente, es ajusticiado por la bomba de Cecilia Dolchinsky al ejecutar a un almirante de la última dictadura militar.

Borges vuelve a aparecer en una nómina de “unos pocos judíos” como producto del insomnio de Arturo Reedson: “Borges se congratuló en alguna oportunidad, de tener, entre sus ascendientes, a una abuela judía” (p. 59). Enhebro las alusiones a militancia y judaísmo, un judaísmo desprovisto del ceremonial –salvo del cultivo, no del culto, a la memoria que conduce a la acción– para terminar con el legado al que aspiró Otto Dietrich zur Linde en “Deutsches Requiem”. Lo que Arturo Reedson

² Pertenece a “El títere”, *Para las seis cuerdas* (1965), en *Obras completas*, 1974, p. 964.

registra es que, a pesar de tanta lucha, el nazismo logró instaurar la era de la violencia y perpetuar el antisemitismo. Quizá por ello resume su vida diciendo “Bueno..., nada...”. Frente a ello, sin embargo, el poder de la literatura, que reniega del silencio y, como esta, hace memoria del recuerdo. Dicho lo cual, y haciéndome eco de una sabia sugerencia, ¿será que el *kadish* por su padre y por sí mismo se extiende a esa misma memoria que todo lo provoca?

Bibliografía

BORGES, Jorge Luis (1974): “El títere”, *Para las seis cuerdas* (1965), en *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

GOLDBERG, Florinda (2013): “La sombra del nazismo en la narrativa argentina”, en *Judaica Latinoamericana VII*, AMILAT (ed.). Jerusalén: Magnes Press.

RIVERA, Andrés (2011): *Kadish*. Buenos Aires: Seix Barral.